

RESUMEN

Insertas en una sociedad global, las mujeres migrantes y sus generaciones posteriores han ido poco a poco integrándose en las sociedades capitalistas y adoptando sus modos de vida y costumbres. Pero esta asimilación no impedirá que, en ámbitos como el alimentario, las mujeres migrantes hayan perpetuado su identidad cultural a través de la comida. Pero la comida no es un elemento banal sino que, más allá de una función nutricia, adquiere un valor de significantes en las diferentes culturas en las que se desarrolla. Este motivo lleva a Bruno Montanari a considerar la comida como un lenguaje, un vehículo a través del cual transmitir valores pertenecientes a un contexto geográfico, social y temporal concreto. Los colectivos de artistas feministas no dudarán en proponer relatos alternativos a los generados desde Occidente, narrados por aquellas protagonistas que, por motivos racistas y patriarcales, han permanecido silenciados. Para ello, el sujeto se enuncia a sí mismo, visibilizando sus particularidades culturales, sexuales, religiosas, raciales, territoriales y, en definitiva, su verdadera subjetividad sin restricciones. En un escenario global como el actual, en el que cada vez más nos encontramos en un mundo homogeneizado, la comida actúa como signo de pervivencia cultural. La comida permanece en el ámbito privado y apenas sufre la confrontación con la cultura dominante, como sucede con cuestiones como las religiosas o las patriarcales, aunque la alimentación sea un rasgo tan esencial como el lenguaje. Las artistas pretenden reivindicar la creatividad que se le había negado a la mujer por su género y que solo podía desarrollar en la cocina. Por ello, a través de la presencia de la comida como temática en las producciones artísticas se produce una reivindicación y autoafirmación de la mujer respecto a su condición de género, en el que la combinación de cocina y arte deviene una utilización de lo definitorio como reivindicativo.

Palabras clave: comida, identidad, cuerpo, lenguaje.

ABSTRACT

Inserted in a global society, migrant women and their later generations have gradually integrated into capitalist societies and adopted lifestyles and customs. But this assimilation will not prevent that, in areas such as food, migrant women perpetuate their cultural identity through food. But food is not a banal element but, beyond a nutritional function, acquires a value of signifiers in the different cultures in which it develops. This reason leads Bruno Montanari to consider food as a language, a vehicle through which the values of the transfers to a specific geographic, social and temporal context. The groups of feminist artists will not hesitate to propose alternative stories to those generated from the West, narrated by the protagonists who, for racist and patriarchal reasons, have remained silent. For this, the subject enunciates itself, making visible its cultural, sexual, religious, racial, territorial and, in short, its true subjectivity without restrictions. In a global scenario like the current one, where we are increasingly in a homogenized world, food acts as a sign of cultural survival. Food remains in the private sphere and only suffers confrontation with the dominant culture, as with things like religious or patriarchs, although food is as essential a feature as language. The artists wanted to claim the creativity that was denied to women by their gender and only developed in the kitchen. Therefore, through the presence of food as the theme in artistic productions there is a claim and self-affirmation of women regarding their gender condition, in which the combination of cooking and the art of using it definitory as a claim.

Keywords: food, identity, body, language.

REFERENCIAS

- Aliaga, J. V. (2007). Orden fálico. Androcentrismo y violencia de género en las prácticas artísticas del siglo XX. Madrid: Akal.
- Butler, J. (2002). Acerca del término queer. En *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.